

Revista Le.Tra.S.

Revista Literaria de la Universidad Metropolitana en Bayamón

Vol. 1 Núm. 2



Agosto a diciembre 2014

Contenido

Editorial.....	3
Artículos	
Del estallido...Janette Becerra por la Prof. Alexandra Pagán.....	4
La dicotomía tras la otra piel por la Prof. Elba Cintrón.....	8
Los cuentos urbanos de Awilda Cáez por la Prof. Zelma Soto Rodríguez.....	11
Monstruos encantadores por la Prof. Consuelo Mar-Justiniano.....	15
Colaboraciones	
Coma* por Janette Becerra.....	18
De lunes a viernes por Awilda Cáez.....	27
High Noon por Tere Dávila.....	31
Los amamantados por Yolanda Arroyo Pizarro.....	34
Letras Inéditas	
Julia te amaba por Richard Rivera Negrón.....	40
Un gran amor por Yeimariy Ocasio Negrón.....	42

Editorial



Dra. Ibis Rodríguez Carro, Directora de la Universidad Metropolitana en Bayamón

Celebramos con júbilo la segunda publicación de la revista literaria *Le.Tra.S.* del Centro de Bayamón de la Universidad Metropolitana. En esta ocasión utilizamos la tecnología por ser un instrumento de más alcance y con la intención de que pueda ser disfrutada y leída en todos los rincones del planeta. En este segundo número deseamos fomentar el diálogo, la investigación y el intercambio de conocimientos, a través de la publicación en línea. En este número encontrarán colaboraciones de cuatro reconocidas escritoras puertorriqueñas:

Yolanda Arroyo Pizarro, Janette Becerra, Awilda Cáez y Tere Dávila. Con ellas como invitadas, tuvimos el honor de celebrar el exitoso Foro: “Lo que escriben las escritoras puertorriqueñas del siglo XXI”, el pasado 17 de noviembre. Además, verán una muestra de los trabajos sometidos por estudiantes de nuestro centro universitario, que fueron premiados en la pasada Fiesta de la lengua: Julia de Burgos y los poetas noveles, en abril de 2014.

Invitamos a nuestros lectores a someter sus trabajos literarios e investigaciones para seguir ampliando la riqueza de nuestra literatura y validar nuestra grandeza cultural. Contamos con su respaldo en la divulgación de esta, su revista.

Artículos

Del estallido...Janette Becerra

Por la Prof. Alexandra Pagán, UMET Bayamón

Profesora, abogada, guionista... Janette Becerra es, además, una escritora prolífica. En 2001 publicó *Elusiones*, este poemario estremecedor fue considerado por *El Nuevo Día* como uno de los mejores del año. Luego presenta una colección de cuentos sagaces: *Doce versiones de soledad*, primer premio del Pen Club y segundo en la categoría de creación del Instituto de Cultura Puertorriqueña. Además, recibió uno de los premios más importantes de literatura juvenil, “El Barco de Vapor” por la novela *Antrópolis* en 2012 y el Premio Internacional de Cuento del Instituto de Cultura Puertorriqueña por *Ciencia imperfecta*.

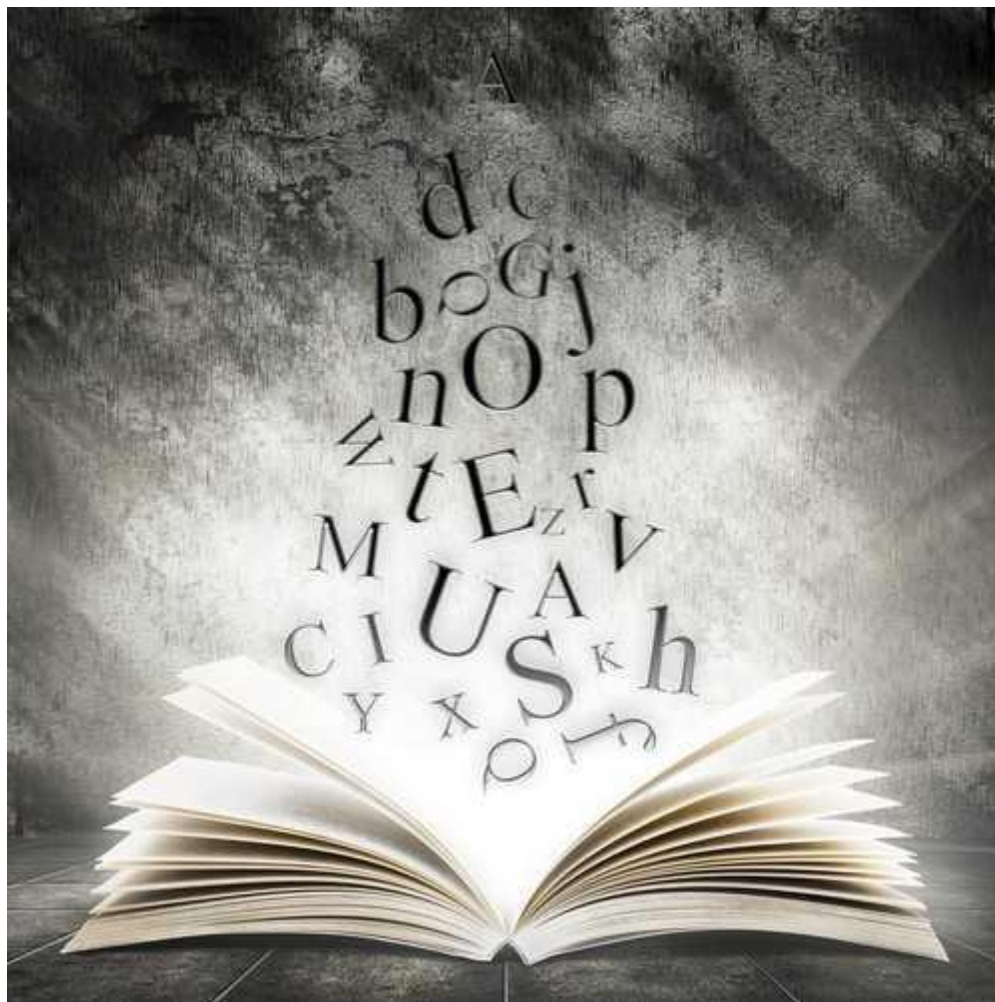
Becerra nos ofrece juegos vitales con la palabra y con lo que pensamos que es el tiempo, el dolor, la soledad y la verdad misma. En esta edición la entrevistamos:

Pagán: Entre los motivos y temas que constituyen tu propuesta, ¿hay alguna constante?

Becerra: Diría que como motivos recurrentes están la soledad (sobre todo la del creador), el misterio teológico, la maternidad, la búsqueda de una belleza (en el sentido filosófico de la palabra) perfecta e inalcanzable, y la aspiración a la trascendencia confrontada con la intrascendencia del ser humano.

Pagán: ¿Algún poemario cocinándose?

Becerra: A principios de este año realicé una tirada artesanal de otro poemario, *La casa que soy*, que ya se agotó. Está a punto de salir la segunda edición bajo el nuevo sello editorial *Art Nation*.



Pagán: Como escritora ¿qué es lo más te interesa lograr en la narración?

Becerra: Sobre todo un balance entre “lo que se cuenta” y “cómo se cuenta”. La narrativa premoderna ponía su énfasis en lo que se cuenta: una trama cautivante contada de una forma tan neutral y cómoda que hasta olvidamos que estamos leyendo y quedamos sumergidos en la anécdota. La narrativa moderna cambió el énfasis a cómo se cuenta. En todo caso, al lector de la narrativa moderna no se le permite olvidar que está leyendo e incluso puede que se le obligue a cuestionar la confiabilidad de lo narrado.

Para mí, hoy, es tentador retomar aquella densidad de la anécdota de la literatura premoderna, pero sin abandonar la estrategia discursiva posmoderna: el cómo se cuenta. Lo ideal sería encontrar el balance entre ambas. Nuestra realidad es tan fragmentaria, tan virtual, siempre en el borde entre lo “real” y lo “ilusorio” —pero tan carente a veces de

contenido sustantivo— que creo que en literatura estoy buscando reencontrar esa densidad de la historia o anécdota, pero revestida de la conciencia de la forma artística.

Pagán: ¿Cuáles son tus próximos proyectos?

Becerra: Estoy preparando un nuevo libro de cuentos. Y tengo varios proyectos literarios en pañales: una novela breve y otra infantil.



Pagán: Entre nuestros estudiantes hay escritores, ¿qué le aconsejas?

Becerra: Lo primordial es leer. No se puede crecer como escritor si no se lee, o si se lee muy poco, o si se lee solo literatura floja. La buena literatura nos ofrece modelos, formas de conocimiento, ideas para crear lo propio. La otra recomendación es entregarse al dominio de la lengua, estudiarla por cuenta propia si es necesario,

corregir nuestras deficiencias como si se tratase de un régimen de ejercicios.
Cuando se ama escribir, esforzarse en escribir bien no es un sacrificio, sino una pasión.

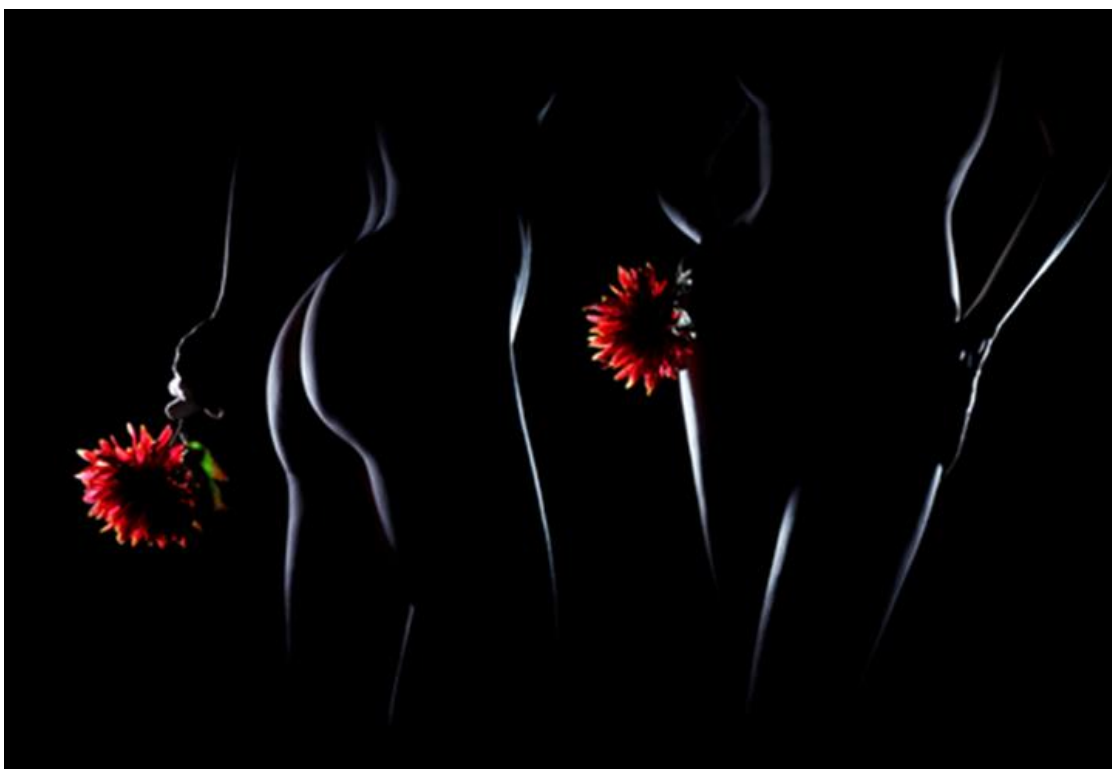
La dicotomía tras la otra piel

Por la Prof. Elba Cintrón, UMET Bayamón

La obra de la novelista, cuentista, poeta y ensayista puertorriqueña, Yolanda Arroyo Pizarro, ha sido laureada en diversas ocasiones (Instituto de Cultura Puertorriqueña, 2012, PremioPEN Club, 2006) y publicada en España, Argentina, Hungría, entre otros países. Arroyo fundó la Revista Boreales y ofrece talleres de creación literaria. El hablante real de sus textos narrativos exponen el tema del género, la identidad sexual y la raza: la figura dual de la mujer insurrecta. Los personajes femeninos se expresan desde el margen, desde la otredad simbólica de sus pieles; a partir de estos lugares lúdicos, se posicionan en la fisura misma de la seducción, en la bisagra de la incomodidad frente al estigma de lo prohibido. Al dominar los espacios (en ocasiones, desde la reflexión crítica sobre el canon[1]), adquieren poder ante los parámetros sociales; con el fin ulterior de la deconstrucción de los paradigmas aprendidos.



Podemos señalar un paralelismo con la imagen del cuerpo, propuesta por Judith Butler (Cuerpos que importan: Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”, 2002). Los múltiples cuerpos, presentes en la narrativa de esta escritora, desarticulan los contenidos semánticos de las imágenes corpóreas preestablecidas; asimismo, develan las antítesis y las ambigüedades de las culturas paternalistas que los constituyen y los imponen. Si utilizamos como marco teórico el estudio que realizó Butler sobre el cuerpo, su materialidad y los discursos socioculturales, articulados en torno a este (“1. Los cuerpos que importan”[2]), los personajes femeninos de Arroyo Pizarro regresan a los cimientos; con el propósito de su “deslocalización”, cual postuló Butler. Una vez allí, desde el significante oficial de su materialidad, es imperante la formación de otros cuerpos: “Esta deslocalización de la materia puede entenderse como una manera de abrir nuevas posibilidades [...]” (Butler, 57).



En conclusión, la narrativa de Arroyo Pizarro impacta al lector desde las primeras líneas, de manera contundente, incisiva, voraz; cual knockout boxístico (analogía establecida por Julio Cortázar, en “Algunos aspectos del cuento”, 1970). Indudablemente, en sus relatos, los cuerpos femeninos se gozan a sí mismos, tras una fascinante complicidad con otros

cuerpos; se deleitan en sus adentros, en los adentros dicotómicos. Asimismo, enfrentan con gallardía el prejuicio, bajo el patriarcado de culturas machistas, retrógradas, misóginas, sexistas, homofóbicas y racistas. Más allá de la polifonía de voces, el placer yace en el goce de la otra piel.

[1] Recordemos a la facinerosa cimarrona Tshanwe o a Wanwe (Las negras, 2012). A través de los personajes, víctimas de la trata, se vuelve a los orígenes étnicos, a la remembranza idílica de culturas ancestrales y milenarias. Además, aun cuando se accede al idioma oficial (con el fin de apropiarse, de aprehenderlo), se favorece la tradición oral (recreación del léxico y semántica de diversas etnias). Luego, se transgrede, mediante la heroica sublevación.

[2] Butler regresa al origen constitutivo del signo, de la materialidad (significado) que se crea a raíz del sexo femenino (significante). Puesto que el cuerpo es materia y la feminidad está asociada al cuerpo, es menester transformar el concepto indisoluble de la materia. En la narrativa de Arroyo Pizarro, los personajes cuestionan los discursos restrictivos, en torno a la idea del(os) cuerpo(s). A su vez, construyen antagónicas pieles: cuerpos perfectos que importan, en tanto disímiles, insurrectos; desde la literatura homoerótica, por ejemplo.

Los cuentos urbanos de Awilda Cáez

Por la Prof. Zelma Soto Rodríguez, UMET Bayamón

“Misi, léase este cuento, ¡está brutal!” Se trataba de una recomendación casual de una de mis alumnas a quien le habían asignado leer el cuento “La princesa” del libro *Adiós, Mariana y otras despedidas* de Awilda Cáez. Su insistencia fue tal, que no solo leí el cuento en ese momento, sino que tras la conversación sobre lo fabulosa que era toda la antología, terminé comprando un ejemplar para mi biblioteca personal. Así conocí por casualidad la primera obra de Cáez y no me decepcionó. A pesar de que el libro llegó a mis manos de manera fortuita y hasta jocosa, lo que produjo en mí su lectura fue una profunda reflexión sobre cómo se caracteriza la sociedad puertorriqueña actual en las historias de Cáez.

Los cuentos de Awilda Cáez han sido publicados en múltiples periódicos, revistas y antologías del continente americano. Es una narradora novel puertorriqueña, autora de las antologías *Adiós, Mariana y otras despedidas* (2010) y *Manchas de tinta en los dedos* (2013). La también periodista y editora ha sido galardonada en múltiples certámenes literarios tales como: el Certamen Nuevos Dramaturgos (1989), el Certamen de Cuento del Proyecto Bicaí auspiciado por la Universidad del Turabo (1990), el Concurso de Libretos de Televisión del periódico *Diálogo* (1992), el Campeonato Mundial del Cuento Corto Oral (2005), el Concurso Nuevos Guionistas de la Cadena Telemundo Internacional en Miami (2005), el Certamen de Cuentos del Centro de Escritores de Argentina (2006) y el Certamen de Cuento de la Universidad Politécnica (2010). En 2010 el periódico *El Nuevo Día* seleccionó su primera antología como uno de los diez mejores libros del año. Asimismo, en 2011, la revista *Caras* reconoció a Cáez como una de siete personas destacadas en las artes puertorriqueñas.



Los dieciocho cuentos que componen *Adiós, Mariana y otras despedidas* aparentan ser narraciones sencillas, pero a la vez están cargadas de una profunda crítica social. Dentro de los mundos ficticios, pero posibles, que crea la autora, se pueden observar algunos de los problemas que sufre la sociedad moderna: el aislamiento, el conformismo, la depresión, las relaciones de codependencia, los prejuicios, entre otros. Sin embargo, la autora logra disimular la crisis existencial que sufren sus personajes con una sutil y melancólica resignación, a una mediocre felicidad.

Como la misma autora ha expresado, uno de los temas recurrentes en sus relatos es “la soledad de la vida urbana; la lejanía cercana de la densidad poblacional” (Awilda Cáez. *Festival de la Palabra 2011. Cómo contar historias de amor*, 2011). Se puede apreciar este aislamiento emocional en el primer cuento de la antología, “De lunes a viernes”. La historia es sencilla: una mujer viaja en el tren hasta su trabajo todos los días y ha divisado un hombre guapo que hace parte del recorrido junto a ella. Ambos se admiran secretamente, pero ninguno es capaz de decírselo al otro. Lo que aparenta ser una historia simpática y de coquetería inocente se convierte en pretexto para revelar la falta de

conexiones significativas en el contexto de la vida urbana y, por ende, la absoluta soledad que sufren los ciudadanos a pesar de estar rodeados de tanta gente.

La ciudad es el escenario recurrente en las historias de Cáez. Es el hábitat de los inadaptados sociales que no son capaces de arriesgar sus vidas mediocrementemente cómodas para atreverse a vivir a plenitud según sus más íntimos deseos. Podemos verlo en el cuento “Dos noches y Elisa”. Se trata de un hombre, ya casado y convertido hace años en un padre de familia, pero que vive eternamente enamorado de su novia de la escuela superior. Su amor nunca fue consumado en el momento oportuno y ya luego su orgullo machista, mezclado con las circunstancias de la vida, convierte este amor platónico en un romance imposible. El relato es de fácil y rápida lectura, sin embargo, ilustra la realidad de muchos de los miembros de la sociedad moderna, quienes pueden soñar, mas no consumir sus deseos. “Las ideas te golpean en las sienes mientras le contestas en silencio que a ella le tocaba casarse contigo” (Cáez, 2010, p. 76).



Finalmente, conocemos a una heroína distinta en el cuento “Unas cuantas horas”. El relato comienza citando en el epígrafe la canción “Hot Stuff” de Donna Summer y continúa con las siguientes oraciones: “Se me ocurrió buscarme un hombre a mi gusto. Sería una aventura llena de placer y sin compromiso en la que al terminar solo me quedaría un recuerdo agradable” (Cáez, 2010, p. 61). Estos elementos hacen pensar al lector que la protagonista es una mujer que no vive según los convencionalismos sociales: es dueña de su sexualidad, muy segura de sí misma y no le hace falta una relación amorosa para sentirse plena; como una versión boricua de Samantha de la serie de televisión *Sex and the City*. Sin embargo, la valentía de esta mujer es un engaño. El personaje nos cuenta su historia desde el anonimato, intentando esconder la vergüenza al qué dirán y el miedo a la decepción de un fracaso amoroso por compartir su verdadero yo con su amante desconocido.

Los seres que habitan los cuentos de Cáez no son puramente ficticios. Somos todos en la intimidad de una vida de ensueños que sirven de escape de las realidades llenas de desilusiones y fracasos. Cáez nos retrata absortos en nuestros pensamientos más íntimos, incapaces de compartirlos con nadie y mucho menos de ejecutarlos. El lector se entretiene, se divierte, se ríe y, sobre todo, se conmueve al adentrarse en los mundos patéticos de estos protagonistas. Los temas y estilos de los relatos son variados y, a pesar de que casi ninguno termina con un final feliz, en realidad el lector queda complacido con los desenlaces que casi siempre provocan una reflexión más profunda de cómo somos individual y colectivamente los puertorriqueños del siglo 21.

Referencias

Awilda Cáez. “Festival de la Palabra 2011. Cómo contar historias de amor”. (11 de mayo de 2011). Obtenido de You Tube.

Cáez, A. (2010). *Adiós, Mariana y otras despedidas*. Guaynabo: Editorial Pasadizo.

Monstruos encantadores

Por la Prof. Consuelo Mar-Justiniano, UMET Bayamón

¿Crees que existo o no? “Muy famoso”, Tere Dávila

En la mitología griega existen monstruos como el dragón, el cancerbero, el minotauro y el cíclope, entre otros. Todos tienen poderes, historias y encantos. La escritora Tere Dávila, autora de *El fondillo maravilloso y otros efectos especiales* (Terranova, 2009) y *Lego y otros pájaros raros* (Isla Negra, 2013) trabaja el tema del monstruo en sus dos libros, aunque de forma distinta. Según nos contó la propia autora, en su primer libro trata de hacer reír al lector, mientras que en el segundo, el humor es más fino. “Aunque ambos libros trabajan el tema del monstruo y borran la línea divisoria entre realidad y fantasía, *Lego* profundiza más en los personajes”, afirmó.



En efecto, *El fondillo maravilloso* es un texto lleno de picardía cuyos personajes maniáticos, obsesivos y monstruosos, te harán reír. Para muestra basta con leer el cuento, del mismo título, cuyo vocabulario peculiar te sacará carcajadas. “Tembleque, dulce de

leche, besitos de coco, bien-mesabe... y aquel fondillo se ajetreaba nalga pa arriba, nalga pa abajo, tremenda sabrosura apretujá dentro de un pantalón colorao [...]" [1] En esta historia el protagonista es un hombre que sueña con un fondillo perfecto y maravilloso que no logra encontrar. Del mismo modo, los demás relatos que componen el libro están llenos de humor, sátira e ironía.

Lego y otros pájaros raros, por otro lado, es también un texto fascinante. Sus personajes son gente "rara", epíteto, que muchas veces utilizamos, para describir a las personas diferentes. No obstante, su extravagancia lleva al lector a comprenderlos y hasta apreciarlos. El relato, "Muy famoso", por ejemplo, cuenta la historia de un cíclope que deja vivir a una periodista, en lugar de comérsela como era su naturaleza. La referencia mitológica de este cuento es más profunda de lo que parece. El relato cuestiona la existencia, en un juego entre el mito y la realidad. "¿Crees que existo o no?"[...] "¡No soy ningún invento!" [2] Increpa el cíclope a la periodista que regresa a la cueva después de haber escapado y estado lejos un largo tiempo, y de no haber podido convencer a los humanos de la existencia del cíclope ni mostrándole las fotos que había tomado en la cueva.



Los encantadores monstruos de Tere Dávila (sean míticos o urbanos) aparecen por muchas razones. “Escribo porque me divierte hacerme mis propios ‘rubik’s cubes’ literarios. Es como un juego virtual donde creo mi propia realidad, mi mundito personal. En el proceso de jugar, además, descubro cosas sobre mí misma y, con suerte, le toco una fibra al lector”. Se necesita más que “suerte para tocar la fibra del lector”, se necesita talento, ingenio, buena prosa y Dávila la tiene. Estamos ante una escritora puertorriqueña del siglo XXI que promete y debemos seguir. Su humor y sensibilidad literaria son solo dos de las características que la distinguen. Los invito a leerla.

[1] El fondillo maravilloso y otros efectos especiales, P. 99.

[2] Lego y otros pájaros raros, P. 25.

Colaboraciones

Coma*

Por Janette Becerra

Mehr Licht! Goethe.

El 11 de abril de 2010 parecía un día cualquiera en la vida de Anastazija Babić, una adolescente croata ordinaria y algo acomplejada por el acné que apenas había salido dos o tres veces de su ciudad natal de Knin, y eso solo para ir de compras o asistir a los mustios espectáculos de un circo de segunda que ocasionalmente pasaba por la zona. Esa mañana se despertó a las siete, su hora habitual, y le comentó a la madre que persistía aquel dolor de garganta que llevaba aquejándola varios días. Tras una ducha tibia y un desayuno frugal, volvió a la cama. Era un domingo más frío y gris de lo usual, considerando que estaba de estreno la primavera.

A las diez de la mañana su madre pasó de largo frente a la habitación juvenil cargando una canasta de ropa sucia, pero para cuando llegó al cuarto de lavado, el instinto la había detenido en seco. Regresó despacio hasta la recámara, de cuya puerta entornada a medias escapaba un sable de luz mañanera hasta el corredor central, y comprobó lo que su cerebro había registrado sin ayuda de los ojos apenas diez segundos antes: boca arriba, con el rostro ligeramente ladeado y la mirada extasiada en el cielo raso del cuarto, el cuerpo de la niña exhibía la pose de una crucificada horizontal y la languidez serena de los contemplativos.

“¿Anastazija?”, llamó en vano. Diez minutos después la escena se repetía en el interior de una ambulancia: el cuerpo inerte y abrasado en fiebre, el vocativo rebotando encabritado como si fuese un globo de helio atrapado en la cabina.



Los médicos del hospital emitieron un pronóstico reservado y sacudieron la cabeza con resignación: “Poco puede hacerse; está en coma”. El diagnóstico no arrojaba más luz de la que ya la brisa brumosa esparcía como un glaseado de azúcar sobre la tarde: un alza extraordinaria de la temperatura corporal había arrojado a la chica de bruceas contra el abismo de la vida. Un rato después llegaba el padre, atolondrado e inútil, solo para sumarse a la procesión de parientes cercanos y lejanos que poco a poco fueron atiborrando la sala de urgencias, en un creciente rumor de rezos y lloriqueos que asemejaba el gorjear de las palomas cuando a esas mismas horas poblaban la plaza del pueblo. La velada se aquietó finalmente con el arrullo de los insectos nocturnos y el zumbido rítmico de los monitores en la unidad de intensivo.

A la mañana siguiente, pasadas las once y sin aviso de trompetas que estremecieran el cielo, se produjo el milagro clínico por el que tanto habían orado: la niña abrió los ojos desmesuradamente y, tras unos segundos de desconcierto, comenzó a luchar contra el tubo nasogástrico como si fuera el tentáculo de un pulpo que quisiera arrancarle el corazón. El corre y corre de enfermeras y médicos de turno llegó en forma de un enjambre

bullicioso que se la llevó en volandas rumbo a los cuartos de tomografía, rumbo a las bóvedas de sonografía, rumbo a las ruinas de máquinas de rayos X que, en sucesión, fueron escrutando el joven cuerpo resucitado. “Anastazija”, le gritaban atropelladamente mientras la trasladaban de una camilla a otra, “¿cómo te sientes?”. “Mueve el brazo derecho si nos escuchas, Anastazija”, continuaban, y hurgaban con instrumentos lumínicos las pupilas asustadas de la jovencita, que seguía imposibilitada de contestar, acaso más por la confusión que por la manga que ocupaba su tráquea. Al cabo de unas horas la depositaron como un pajarito exhausto sobre la cama de su habitación y, tras soportar los húmedos besos y gritos de júbilo de familiares y amigos, procedieron a desentubarla. Solo entonces pudo ella exclamar:

–Was mir passiert ist?

La madre, que aún sostenía entre sus manos el puño gélido de la niña, sonrió y le contestó en croata:

–Što?

–¿Que qué me pasó? –repitió Anastazija en perfecto alemán.

La sonrisa materna sobrevoló la habitación en busca de cualquier otra sonrisa, cualquier otro par de ojos donde posar los suyos que imploraban una explicación para el hecho insólito de que su hija –esa niña de trece años que ella había parido y amamantado en croata hasta hoy– insistiera en hablarle en una lengua extraña, que además nadie en la familia manejaba. Pero todos los ojos y sonrisas del cuarto se habían transmutado en un solo ceño fruncido, clavado como una lanza sobre el rostro de la adolescente.

–Warum bin ich hier? –insistía la paciente ante el asombro de todos.

–¡Anastazija, mi pequeña princesa, háganos, por Dios! –imploraba en croata el padre, con ojos llorosos. La niña replicó con un puchero de lágrimas atravesado en los labios y otra frase en alemán que, según se supo luego, traducía a “¡Pero si les estoy hablando!, ¿por qué no me entienden?”. Y así pasó la tarde conduciendo su carromato de horas desde el júbilo del mediodía hasta el estupor crepuscular, en compañía de especialistas y neurólogos que, tras repetir los mismos exámenes y atormentar a los familiares con las

mismas preguntas, terminaban por rascarse la cabeza, porque jamás habían presenciado fenómeno igual.

Es cierto que Anastazija Babić, esa adolescente croata ordinaria y algo acomplejada por el acné, había iniciado estudios de alemán hacía unos meses. Pero la madre, que tan bien la conocía, juró que la niña no podía balbucear más de unas cuantas frases inconexas en esa lengua incipiente. Que de vez en cuando se enfrascaba en la lectura de un libro en alemán, parapetada con su diccionario y sus cuadernos de ejercicios, y que una que otra vez había sintonizado algún programa de televisión en ese idioma, pero siempre frustrada por la dificultad de aquella lengua que le resultaba infernalmente difícil y hasta hostil, y que lastimaba su garganta con articulaciones dignas de un acróbata lingüístico. Ahora que había despertado del coma, no obstante, su alemán era tan perfecto que parecía su idioma natal, y más asombrosamente aun, había olvidado cómo hablar croata, a pesar de que todavía podía entenderlo a cabalidad.



El caso atrajo pronto la atención de la prensa. El director del hospital, halagado por la súbita notoriedad de su insulso equipo médico, ofrecía a los medios explicaciones cantinflescas que, a la larga, no explicaban nada: “Uno nunca sabe cómo va a reaccionar el cerebro después de un trauma como este. Definitivamente tenemos algunas teorías, pero hasta el momento no podemos hacer declaraciones, por respeto a la privacidad de la paciente”.

Para beneplácito del administrador, la clínica comenzó a ser frecuentada por especialistas internacionales, desde neurólogos suizos hasta psicólogos alemanes que intentaban desentrañar el misterio. Hubo hipnólogos que le practicaron terapias de regresión y afirmaron sin empacho que la niña se había resintonizado con una de sus vidas pasadas, una en que había sido alemana y panadera, en ese orden. Hubo neurolingüistas que, tras examinarla, convocaron a conferencias de prensa para anunciar que el cerebro humano hereda una memoria colectiva de todas las lenguas que en el mundo han sido y que, con el estímulo apropiado, en el cerebro de Anastazija se había reactivado el gen del idioma alemán. Hubo sacerdotes que le practicaron exorcismos porque aseguraron que la niña estaba poseída por un antiquísimo demonio germano. Hubo un biógrafo de Hitler que quiso entrevistarla y los padres, afortunadamente, se lo impidieron.

Yo llegué dos semanas después, lista para documentar el caso para una revista de neurociencia que me había contratado –a tarifas corporativas y con una infinita tarjeta de crédito en el bolsillo– porque cierta empresa farmacéutica norteamericana quería asegurarse de que la solución a este enigma no prescindiera de una robusta dosis de fármacos de por vida. Mientras, con algo de vergüenza y mucho de disimulo, la familia se iba desvaneciendo de los pasillos del hospital como la bandada de palomas tras el festín de migajas en el parque, porque ya no encontraban cómo justificar su presencia junto a una niña que, fuera de sonreírles o mirarles con impotencia, no emitía signo alguno que pudieran comprender. Una enfermera joven, cuyo nombre creo recordar como Marika Lenovic o Levonic, llegó a confesarme fuera de récord que una noche, concluidas las horas de visita, había sorprendido a la madre de la joven llorando a mares en el rellano de la escalera, porque el intérprete que contrató el hospital acababa de traducirle cierta frase encolerizada de suhija como “ya déjame en paz”.

De entre los expertos vinculados al caso recuerdo particularmente a uno (un psiquiatra de escasas canas y bigote engomado que siempre me dio la impresión de que escapaba de su daguerrotipo de principios de siglo expresamente para acudir al hospital) al que solía entrevistar cada vez que examinaba a la niña. Una tarde, al preguntarle qué sacaba en claro del insólito lance profesional, me respondió salomónicamente:

–En otros tiempos esto hubiera sido clasificado como un milagro, pero yo prefiero pensar que existe una explicación lógica. Es solo que no la hemos encontrado todavía.



Los periodistas, que se congregaban a parlotear en la cafetería del hospital cuando no había nadie a quién entrevistar, gustaban de espeluznarse mutuamente relatándose anécdotas legendarias sobre pacientes que habían despertado de un coma hablando idiomas bíblicos. A veces el relato cobraba dimensiones esperpénticas y se transmitía de boca en boca con no pocas distorsiones, bien fuera porque los reporteros babélicos hablaban lenguas distintas, o bien porque las palabras se desfiguraban al salir engullidas entre migas de pastelitos y charquitos de té, que masticaban con parsimonia.

Los periodistas, que se congregaban a parlotear en la cafetería del hospital cuando no había nadie a quién entrevistar, gustaban de espeluznarse mutuamente relatándose anécdotas legendarias sobre pacientes que habían despertado de un coma hablando idiomas bíblicos. A veces el relato cobraba dimensiones esperpénticas y se transmitía de boca en boca con no pocas distorsiones, bien fuera porque los reporteros babélicos hablaban lenguas distintas, o bien porque las palabras se desfiguraban al salir engullidas entre migas de pastelitos y charquitos de té, que masticaban con parsimonia. Y mientras los científicos seguían buscando soluciones para este inaudito caso de xenoglosia, mientras los psíquicos y metafísicos creían confirmadas sus teorías de reencarnación, mientras los periodistas repetían las mismas preguntas ante los mismos funcionarios en las mismas conferencias de prensa del hospital, Anastazija buceaba las profundas cavernas de su recién adquirida lengua. Descubrió, por ejemplo (siempre según la traducción del intérprete), que el alemán le había permitido codificar recónditas inquietudes de mujer en ciernes que en croata nunca había atinado a articular, ni siquiera para sí misma. Era como si la adquisición de esta nueva lengua hubiera llegado dotada de un dominio tal de la palabra que las ideas, antes sombras confusas en su conciencia rústica, se delineaban por fin en frases lúcidas, cabales, que iluminaban el mundo y su lugar en él. Jamás había sido muy diestra en oratoria, gramática y ortografía; eran, de hecho, sus materias más temidas, y apenas lograba rebasar los cursos. Y si leer y escribir eran sus peores pesadillas, los signos de puntuación le parecían garabatos que con tinta roja sus maestras arbitrariamente tachaban y movían de lugar, solo para que ella siguiera viendo la misma amalgama de palabras, indistintamente de pausas o fines de oración. Pero ahora pedía libros con qué entretenerse en las horas eternas de la clínica, y si le traían los que había dejado a medio leer justo antes de sufrir el percance, exigía que se los cambiaran por autores alemanes, Mann y Goethe y Nietzsche y aquella de Suskind, para tener variedad. Como aún entendía el croata, no echaba de menos los verbos de la infancia, los nombres comunes del pan o la leche, el recuerdo sonoro de los apodos familiares que escuchaba cada día en boca de su madre. Para pensar, en cambio, esta nueva máquina de palabras le servía como nunca antes: comprendía todo tan bien, forjaba sus opiniones con tal claridad, cuajaban en el cerebro sus deseos con tanta precisión, que todos en el hospital se maravillaban de la madurez de esta adolescente croata, en apariencia ordinaria y algo acomplexada por el acné, que ahora parecía una mujer de

mundo. Lástima que nadie la entendía salvo el pobre intérprete, que hasta tuvo que tolerar insultos de la pequeña cuando, al traducir, trastocaba algún matiz del discurso que para la autora resultaba imperdonable.

A la larga tuvieron que darle el alta. La niña regresó a su casa y cambió la escuela por un sistema de enseñanza en el hogar que pudiera adelantar con módulos en alemán y exámenes de equivalencia; comenzó —no sin renuencia— a tomar clases de croata, obligada por una madre que no perdía la esperanza de poder algún día escuchar otra vez la voz filial en lengua materna; aprendió a guisarse coccciones alemanas, que ahora iban más acorde con su visión de mundo y, en fin, retomó la vida con ímpetu y arrojo, como desembarazada de una vieja venda que hubiera estado nublando su razón. Y todo fue de bien a mejor hasta una mañana de invierno, cuando se despertó a las siete, su hora habitual, y le comentó a la madre que se sentía rara. La pobre mujer no comprendió el comentario, pero no porque le hubiesen hablado en alemán —que bastante acostumbrada estaba ya a reconocer fonéticamente aquella lengua—, sino porque lo que salió de boca de su hija fue una concatenación de sonidos guturales tan disparatados que, sumados a la parálisis facial que le desfiguraba el rostro, hicieron patente la urgencia de volver al hospital. Yo ya no estaba allí, ni a la empresa farmacéutica le interesa publicitar la explicación de una cura espontánea del caso, así que lo que resta por contar solo puedo referirlo escuetamente: tras un diagnóstico clarísimo de apoplejía y varias semanas de terapias de rehabilitación, la chica volvió a la normalidad. Entiéndase por normalidad el olvido fulminante del alemán, el retorno a la despiadada mediocridad en croata, las tardes interminables en la ciudad de Knin, el amor doméstico sin ambiciones. Anastazija Babić es una adolescente croata, ordinaria y algo acomplejada por el acné, que quisiera poder explicarles lo que ha perdido, pero mueve de aquí para allá los puntos y las comas, y contempla con tristeza sus palabras, y no puede.

*Cuento publicado en *Ciencia imperfecta*, Editorial ICP, 2014.



Sobre la autora

Nacida en Caguas, Puerto Rico, Janette Becerra es escritora, crítica literaria y catedrática de Estudios Hispánicos en la UPR en Cayey desde el año 2000. Egresó de la UPR en Río Piedras con un bachillerato y maestría en Literatura Comparada, un Juris Doctor y un doctorado en Literatura Española. Su obra literaria incluye los poemarios *La casa que soy* (2014) y *Elusiones* (2001), los libros de cuentos *Doce versiones de soledad* (2011) y *Ciencia imperfecta* (2014), y la novela juvenil *Antrópolis* (2013). Ha ganado dos premios

internacionales de narrativa breve en España, así como el Certamen de Cuentos del periódico *El Nuevo Día*, el Premio Nacional de Cuento del PEN Club de Puerto Rico, el premio de literatura del Instituto de Literatura Puertorriqueña, el premio de narrativa juvenil *El barco de vapor* de Ediciones SM, el Premio Internacional de Cuento del Instituto de Cultura Puertorriqueña y el Premio Nuevas Voces del Festival de la Palabra de Puerto Rico. Su obra poética, narrativa y crítica se ha publicado también en numerosas antologías y revistas académicas.

De lunes a viernes

Por Awilda Cáez

Raquel camina desde su casa hasta la estación del tren. Hoy tiene que llegar temprano para conseguir un asiento, de lo contrario tendrá que estar de pie los veinte minutos que dura el recorrido. Le agrada sentarse cerca del pasillo para ver cuando él sube, como todos los días, en la estación de Cupey. La mañana es calurosa y más con las medias de nilón que lleva puestas bajo el pantalón. Son de las que tienen licra y se ven brillosas cuando les da el sol. Le gusta ponérselas porque aprietan el abdomen. Se ve más delgada. Además, estas son de una edición especial que viene de Colombia y levantan las nalgas.

La gente empuja sin fijarse. Raquel piensa que es irónico que tengan tanta desesperación por llegar al trabajo y luego tanta urgencia de que sean las cinco para largarse. Se escurre impaciente entre el montón de cuerpos que rozan unos con otros sin querer y a veces a propósito.



El hombre del lado mira por la ventana, está nervioso por los tramos elevados. Ella se acomoda en el asiento e inventa una pose de indiferencia, mientras el tren se acerca a la estación que espera. Se abren las puertas frente a un grupo de personas vestidas con chaquetas o uniformes de colores oscuros. Uno que otro estudiante aporta algún zarpaz de color con camisetas modernas que les hacen parecer grafitis en movimiento. Ya no hay asientos vacíos. Saúl entra. Se acomoda unos cuantos pies más adelante, al lado de dos universitarias que no paran de hablar. Raquel simula que las observa; espera a que él se distraiga y, de vez en cuando, se le escapan los ojos. Lo mira. A falta de saberle el nombre y las referencias le llama «el hombre de las manos bonitas».

Ella tiene la mejor ubicación. Desde su asiento puede verlo completo y pensar en todas las ilusiones que le llegan puntuales de lunes a viernes a las siete de la mañana. Mira a su diestra y ve una madre con sus dos hijos. Sueña que es ella, camino a algún colegio a llevar la prole entretanto el hombre de la casa trabaja desde temprano. Le gustaría casarse con un abogado para quitarse la preocupación de tener que contratar uno cuando lo necesite. Cerca de San Francisco ya se ven las casas de techo a dos aguas. Le agrada el vecindario y la cercanía que tiene al pequeño centro comercial.



Llegan a la estación de Torrimar. Es hora de bajarse. Saúl es de los primeros en irse; esa es la única ventaja de los que se quedan de pie. Le gustaría atreverse a hablarle. Hasta ha pensado empujarlo para que las disculpas sean un tema de conversación. Las pocas ocasiones en que lo ha tenido cerca, se concentra en mirarle las manos.

Suspira en silencio y espera su turno para salir. Luego camina por la acera hacia al norte las dos cuadras que faltan hasta la oficina. Mientras, al otro lado de la calle en dirección al sur, el licenciado Saúl Márquez va enojado porque hoy en el tren, su chica favorita traía puestos pantalones y no le pudo ver las piernas.

Sobre la autora



Awilda Cáez es autora de *Adiós, Mariana y otras despedidas* (2010) con el cual ganó el Certamen Interuniversitario de Literatura realizado por la Universidad de Puerto Rico y cuyo presidente del jurado fue el reconocido escritor peruano Fernando Iwasaki. El periódico *El Nuevo Día* seleccionó este libro como uno de los diez mejores del año. En el 2013 publicó *Manchas de tinta en los dedos*, un éxito de crítica y ventas. Sus cuentos han sido publicados en múltiples periódicos y revistas, y en antologías de Estados Unidos, México y Argentina. Trabajó como periodista cultural para radio y prensa. Fue cofundadora de Editorial Pasadizo y durante cinco años se desempeñó como editora en jefe. Diseña e imparte talleres de cuentos y es conferenciante de temas relacionados a la edición, corrección y publicación de libros. Es miembro del comité de escritores del Salón Literario Libroamérica, de la junta de gobierno de la Cofradía de Escritores de Puerto Rico y de la junta editorial de la revista *Trapezio*. Posee un bachillerato en Administración de Empresas de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras y una maestría en Creación Literaria de la Universidad del Sagrado Corazón.

High Noon

Por Tere Dávila

La luz cegadora se congeló a las doce en punto del mediodía. En la cancha de recreo, una masa de chicle masticada y babosa no llegó a caer por completo y se quedó suspendida a una pulgada del suelo, como decidiendo si volver o no a la boca del niño. Los campanazos retornaron al campanario de la iglesia de la parroquia y las flores mustias de un roble amarillo se aferraron a las ramas, arretando el desprendimiento inevitable. En las casas del vecindario, ni las sopas ni los guisos soltaron humo, una señora no bajó el último escalón hasta la puerta y un cobrador se quedó tocando el timbre, que paró de chillar aunque el dedo seguía ahí, presionando. Unos ojitos permanecieron abiertos a pesar de que les tocaba la siesta, la medialuna de lágrimas suspendida de las pestañas infantiles por un átomo. El quiquiriquí pródigo tomó amparo en la garganta del gallo. La tos del enfermo se atoró.



En un dormitorio, la promesa de orgasmo no se cumplió, mientras que en otra habitación, a tres cuadras cruzando la avenida, una bofetada se canceló. Natimuerta sobre la mejilla, cortó el aire hasta devolverse a la mano.

En ese momento, en otra ciudad, la orden de atacar se congeló. Los motores de los bombarderos se apagaron en medio de la espera. La lengua recogió la sílaba devastadora y, sin pronunciar el sí nuclear, los labios del coronel se cerraron.

A las doce y un segundo del mediodía, las sopas y los guisos, que por supuesto no podían haber sospechado nada, soltaron humo. La señora abrió la puerta, la tos salió, llegó el orgasmo, la bofetada conectó, las flores y las lágrimas cayeron, el bebé al fin se durmió, tiñeron las campanas y el niño cruzó corriendo la cancha del recreo. La goma de mascar tocó el piso y una tenis la aplastó, incrustando en el cemento una plasta verde menta que irritaría al conserje de la escuela durante años.





Sobre la autora

Tere Dávila Tere Dávila es autora de dos antologías de relatos: *Lego y otros pájaros raros* (Isla Negra, 2013) y *El fondillo maravilloso y otros efectos especiales* (Terranova, 2009); dos libros de ensayo y fotografía: *Fiesta en Puerto Rico* y *Fondeando* (Gabriel Press 2002 y 2011, respectivamente); y el relato juvenil *La oreja Sebastián* (Gabriel Press 2007). Sus cuentos han sido publicados en varias antologías en español e inglés, entre ellas *El ojo del huracán* (Norma, 2011), *Cuentos puertorriqueños para el nuevo milenio* (Iguana, 2013), *Palabras* y *Dispatches del Festival de la Palabra* (2013). Ha sido ganadora del Campeonato del Cuento Corto Oral de la Universidad del Sagrado Corazón y del Concurso de Cuento de la Universidad de Puerto Rico, recinto de Mayagüez, y la prensa incluye sus antologías de relatos entre los mejores libros del 2009 y 2013. Tere tiene un bachillerato en Historia del Arte de la Universidad de Harvard y una maestría en Creación Literaria de la Universidad del Sagrado Corazón. Pronto espera publicar su primera novela.

Los amamantados

Por Yolanda Arroyo Pizarro

I.

Para Petra es difícil aceptar las actuales acciones del señorito. Desde que cumpliera lo que se considera la mayoría de edad para un joven hacendado, sus intereses han ido cambiando. Mientras fue un bebé pálido, regordete y feliz, que sonreía nada más acercarle Petra sus pechos pletóricos de alimento, nunca hubo problema. Tampoco ha sido problemático para la esclava canalizar la ansiedad que le ocasiona al señorito ir a la escuela en San Juan. El primer día que es ingresado al aula de los famosos maestros apellidados Cordero, le comienza una erupción en la piel.

En la sala de clases a la que han asignado al pequeño Jonás hay otros niños del latifundio, muchachos y muchachas de buenas familias blancas, propietarios a su vez de esclavos, peones y capataces. La mayoría son conocidos del señorito, han jugado juntos, entrenan esgrima y montura a caballo, asisten a fiestas y bailes, en las afueras y en las propiedades cercanas de la zona. Tanto el Maestro Rafael, como su hermana Celestina imparten clases a otros niños negros, algunos de origen bozal; otros son mulatos, mestizos y hasta cuarterones nacidos en la isla, pero no mezclan los grupos de púberes morenos con los mozos blancos, por lo que se descarta enseguida que el padecimiento es motivado al estar en contacto directo con criaturas bestializadas como aquellas. Así pues, el boticario diagnostica una condición de desapego, provocada por el cambio de ambiente.

La dueña de la Hacienda Cartagena, ama y señora a su vez de Petra, ordena de inmediato que la negra ladina acompañe al señorito a sus clases diarias, se estampe a las puertas del patio interior de la residencia Cordero, y ofrezca la teta al chiquillo cada vez que este lo requiera. Petra obedece e incluso sale beneficiada con el arreglo, ya que en las horas de espera, no realiza mayores trabajos que no sean el tejido de los ropajes de lana de su amamantado, Jonás Cartagena. Además, se le debe tener a disposición alimentos en buen estado y abundantes candungos de agua, para que la leche que ella prodiga al querubín,

sea cuantiosa y de la mejor calidad de nutrientes. La comezón provocada por el sarpullido del jovencito desaparece al cabo de unos días.



II.

Petra ha nacido en San Juan Bautista y es descendiente mandinga por vía de su abuela materna, contado por ella misma en noches de nanas y corroborado cuando el propio señorito cuestiona el origen de los esclavos que le pertenecen, al Maestro Cordero. Con atípica obsesión, y mientras ha ido creciendo en estatura y años, Jonás insiste en discutir varias veces el tema de su procedencia. Es así como se familiariza con una cartografía encontrada en el despacho de su fallecido padre, en la que se demarcan los territorios entre Cabo Banco y Cabo Las Palmas, Senegal, Cabo Verde y Sierra Leona en el continente africano. Y es así como Celestina Cordero con paciencia le va explicando la ruta de tránsito para saciar la curiosidad púber. Recuerda el muchacho, el día que en secreto hace una pregunta al pequeño grupo de jovencitos blancos que como él se educan. Inquieta sobre el servicio de las negras esclavas; cuestiona el por qué se les estima a algunas de ellas, si debieran ser bestias de carga, si debieran ser inferiores. Interpela incluso sobre la abolición, un tema que ha escuchado por lo bajo a algunos hombres cuando se dirigen a

las tabernas. «Abolicionista», palabra comprometedora aquella. Crecer y luchar por el bien de todas y de todos. Liberar a seres no liberados. Forjar un mejor mundo. Hace cuestionamientos porque no entiende. Pero otro de los chicos en voz baja, le contesta: «Dice mi padre que las negras están aquí solo para montarlas. Se disfrutan mejor que las blancas». Jonás Cartagena reacciona sorprendido, y ya no es el mismo.

III.

Así pues, las fijaciones del señorito en la actualidad no se centran necesariamente en mamar las ubres a Petra para procurar alimentación. De un tiempo a esta parte, el muchacho alto y fornido de catorce años que ya va tomando las riendas de la hacienda heredada, asedia en las noches el cuarto de las esclavas y en ocasiones, incluso, se detiene en silencio muy cerca del catre de hojarasca de Petra.

Ella lo ha visto y se hace la dormida y continúa respirando como si roncara, para dar la impresión que desconoce aquellas intenciones. Durante el día, se da cuenta también que el señorito la sigue a escondidas, que se le acerca para olerla mientras ella lacta a otros bebés españoles y criollos, que le toca las piernas por cualquier excusa, que la dibuja en pedazos de papel que luego esconde para restregárselos por todo el cuerpo cuando yace solo.



La semana pasada Jonás se colocó en un lugar estratégico entre el cuarto de lavado y unos matorrales. Petra percibió su presencia cuando ya era demasiado tarde y el señorito frotaba hacia atrás y hacia adelante el pedazo de carne y piel con el que los hombres blancos violan a las de su especie.

IV.

Pasados unos cuantos días, Petra es asignada a ejercer de nodriza a los mellizos recién nacidos de la hermana de su ama y señora, madre del propio Jonás. La ama desea que sus sobrinos crezcan y se desarrollen con tan buena disposición y tan buen talante corporal, como lo habían logrado con el adolescente hacendado.

La tarde del bautismo de los gemelos, los entregan a Petra para que los alimente al mismo tiempo, en su regazo.

Después de amamantar a los chiquillos, Petra atestigua cómo se los llevan en medio de un séquito celebratorio dirigido a la catedral. Todos los integrantes de la familia Cartagena y varios de los oficiales de la hacienda se dirigen hacia los actos sacramentales que, según tenía entendido, realizaría el propio señor obispo. Todos regresan tarde, rompiendo el alba, ya que luego del bautizo habría comilona. Todos menos Jonás, que vuelve al par de horas, solo. Petra teje, a luz de vela, dos pares de botines para los mellizos en una de las alcobas. Le molestan los senos, más bien le duelen, ya que al dar de amamantar a dos, sus pezones reciben la doble estimulación típica de estos casos y se precipitan a expulsar el calostro. Le chorrea leche por todo el vientre.

El señorito llega. Abre y cierra todas las puertas. Busca en todas las habitaciones. Se le queda mirando al hallarla. Acerca sus pasos hasta el sillón y de un movimiento de manos, con sus dedos, desamarra los cordones de la blusa de algodón confeccionada especialmente para las negras amamantadoras. Petra cierra los ojos, vencida. Incrédula ante el nuevo vejamen que ahora la convierte en algo diferente para aquel niño.

Jonás palpa las tetas de alabastro, de color jaspe oscuro. Pechos mandingas, de sabor meloso, presos de un caudillaje senegalés se yerguen frente a él. Piel descendientes de algún imperio guerrero. Ha leído sobre los ancestros de Petra en el Documento de Cartas de las Indias y Nuevas Colonias de 1793. Se lo ha memorizado. Desea en cualquier ocasión

regalarle aquel detalle de conocimiento a Petra. Quiere recitarlo. Cantarlo si hubiera la oportunidad y fuera posible. Decírselo a ella y a su cintura. A sus muslos. A los senos negrísimos. Jonás se arrodilla, y ante la cascada cremosa pega sus labios. Se los echa a la boca. Succiona fuerte y comienza a mamar, mientras cubiertas las mejillas de lágrimas, le abre las piernas.



Sobre la autora:

Yolanda Arroyo Pizarro es escritora puertorriqueña. Ha publicado libros que denuncian y visibilizan las relaciones entre personajes antihegemónicos, sexodiversos e interraciales. Entre sus apasionados enfoques literarios también promueve la discusión de la afroidentidad, la poliamoría y la confrontación al opresor. Su más reciente novela *Violeta* sobre la relación íntima entre dos lesbianas, una de ellas afroboricua, además de su libro de cuentos *Las negras*, ganador del Premio Nacional de Cuento PEN Club 2013, exploran los límites del devenir de personajes femeninos que desafían las jerarquías de poder. La autora ha ganado también el Premio del Instituto de Cultura de Puerto Rico 2012, el Premio Nacional del Instituto de Literatura Puertorriqueña 2008. Sus libros han sido seleccionados por el periódico *El Nuevo Día* como libros del año y fue seleccionada en 2007 como una de las escritoras latinoamericanas más importantes por el Hay Festival Bogotá 39 en Colombia. Ha sido traducida al inglés, italiano, francés, alemán y húngaro. Su libro más reciente es un poemario titulado *Maneras de quererse*.

Letras Inéditas

Julia te amaba

por Richard Rivera Negrón



Richard Rivera Negrón

El amor que le tenía
su esencia, su naturaleza
desde lo lejos, desde tan cerca
el calor de su presencia
de fragilidad inmensa era
ese amor profundo de
ese amor que llena sin
darse cuenta perturba
con delicadeza la
blancura de la vida
hasta llenarla de tinieblas

El amor que le tenía recorría
mares, cielos, aires recorría
sangre, venas, piel
desde lo más bajo, hasta lo más alto
haciéndolo grande, pequeño
¡qué amor el que le tenía!
Tan frágil como una hoja
como Luna en oscuridad
como coyote hambriento
como perro pálido
como tronco desvanecido.

El amor que le tenía
ese amor tierno y amargo
que llenó lo vacío
ese amor que llenó lo sano con manchas en la piel
Que hoy día carga
con recuerdos de ese tierno amor
que con los frágiles intentos
hoy los recuerda
desde la tierra en donde yacen
sus fallecidos sentimientos.

Primer premio de poesía

Certamen literario

Fiesta de la lengua, 2014

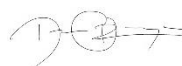
Un gran amor

Por Yeimariy Ocasio Negrón

Julia de Burgos fue fiel amante del paisaje desde temprana edad. El campo fue su área de juegos. Las flores y ríos, sus queridos juguetes. Este amor fue tan inmenso que su sentir era como si suelo, río y Julia fueran uno mismo, mezclados en un conjunto de pasión. Caracterizada por ser una mujer apasionada, su poesía se alimentó de la inspiración que con cada pétalo, rocío y semilla, saturaban su inocencia.

Sin importar en qué momento de su vida te fijes, Julia nunca cesó de amar. Amor puro, fiel y sincero, amor que en incontables ocasiones pregonó a través de sus poemas. Nuestra poetisa le escribió a la muerte, al desamor, a la sociedad, entre otros. El eterno amor de Julia siempre fue la naturaleza.

Uno de los poemas más famosos de Julia fue “Río Grande de Loíza”. “... y fui tuya mil veces, y en un bello romance me despertaste el alma y me besaste el cuerpo”. Versos como este nos dan a entender la inmensa felicidad que la escritora sentía al estar en contacto con este río y con el paisaje que allí tomaba parte. Además del paisaje se puede interpretar que este amor también estaba dirigido a nuestra patria querida.



En poemas como “Poema para mi muerte” la poetisa describe su deseo de que llegue el fin de sus días. Aunque este tema para muchos puede ser triste, Julia lo esperaba valientemente y ansiosa. Esta idea de morir para ella no significaba dejar de existir, todo lo contrario. Lo que conocemos como “pasar a otra vida”, la escritora lo siente y expresa literalmente. Para ella este es el proceso donde se mezclará con la naturaleza y se integrará a ese paisaje que tanto ama y decora nuestra patria. “Mi nombre destorciéndose, amarillo en las ramas, y mis manos, crispándose para darme a las yerbas.” En versos como el anterior, Julia describe lo que ella siente será su destino, perder su último soplo de vida.

La vida de Julia de Burgos fue una llena de altas y bajas, llena de tropiezos. Amó, sufrió y luchó, como también fue amada, criticada y abandonada. Nada de esto fue excusa para esta talentosa poetisa, a pesar de todo siempre alabó las bellezas de la vida que a ella más le importaban. Ese inmenso amor que la poetisa nos heredó nos ayuda a valorar y proteger lo que tenemos a nuestro alrededor que muchas veces no notamos. El paisaje siempre fue la obra de arte más venerada por Julia y también fue la inspiración más provechosa. En fin, Julia de Burgos, poeta puertorriqueña, tuvo un gran y eterno amor que fue ser flor en un mar de rocas.

Primer premio de ensayo

Certamen literario

Fiesta de la lengua, 2014